

Gary W. McDonogh: *Iberian Worlds*. New York: Routledge 2009. 336 páginas.

Un mundo que afronta un futuro común, necesita una historia común. Ése podría ser el lema de la Global History, especialidad aparecida recientemente y dentro de la cual se inscribe este libro. La historia global surgió en la última década del siglo XX impulsada por el auge de la mundialización. Su objeto de estudio, reflexión y debate gira en torno a la constante expansión en el espacio y en el tiempo de las interconexiones humanas. Esta nueva disciplina todavía en construcción aborda el estudio histórico de los factores (económicos, políticos, sociales, culturales e ideológicos) que han hecho posible el cambio global (en términos de flujos, intercambios y comunicación). Interculturalidad, transversalidad e hibridación son los enfoques dominantes de esta concepción de dimensiones verdaderamente planetarias, que concibe el pasado de la humanidad como un todo y busca superar por estrechas y autocomplacientes tanto las visiones nacionales como las interpretaciones eurocéntricas.

Una propuesta metodológica de tanto calado requiere versatilidad e imaginación; pero también profundos conocimientos lingüísticos, bibliográficos y archivísticos. Exige, en suma, una sólida formación multidisciplinar como la demostrada por Gary Wray McDonogh. Antropólogo urbano familiarizado con la historia social, la economía política y los estudios culturales, este profesor norteamericano ya alcanzó cierta notoriedad internacional con un magnífico estudio sobre valores, creencias, hábitos, formas de vida y conflictos de la élite urbana que impulsó la industria-

lización de una gran ciudad (*Good Families of Barcelona*; Princeton, 1986). Atraído desde muy joven por las culturas y los pueblos hispanos, McDonogh ha vivido y trabajado en muchos lugares donde esa herencia cultural aún es perceptible (como Barcelona, Lisboa, Buenos Aires, Lima, Los Ángeles, Macao o Manila).

Este libro es fruto de esa experiencia intelectual y vital. *Iberian Worlds* defiende la existencia de un proceso globalizador promovido por el flujo milenar e incesante de hombres, bienes e ideas que han tenido como punto de partida o de llegada la Península Ibérica. Ese remoto lugar de la periferia mediterránea, crisol donde se fundieron desde la antigüedad las sucesivas influencias de fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos y árabes, a partir del siglo XV se convirtió en el epicentro del mundo atlántico. Desde entonces los pueblos ibéricos, entre los que además de portugueses y castellanos el autor menciona a catalanes y vascos, difundieron sus formas culturales por tres continentes. A lo largo de cuatrocientos años numerosos pueblos de África, América y Asia acabaron compartiendo, reinterpretando y/o resistiendo el mismo modelo de administración colonial, paisaje urbano, hábitos culinarios, lenguas latinas y religión católica. A partir de la interacción entre lo imperial y lo local, entre las relaciones de poder y las respuestas suscitadas, McDonogh ofrece una sugerente relectura de un fenómeno que también tuvo efectos muy negativos (como la involuntaria expansión transoceánica de enfermedades o la creación de una civilización esclavista).

A pesar de la brutalidad de los conquistadores o del celo religioso de los misioneros, el autor niega que globalización sea sinónimo de aculturación. Los

exploradores ibéricos toparon en Angola, India o Perú con pueblos, recursos y sistemas tan diferentes entre sí que condicionaron la posterior evolución de cada zona. Múltiples agentes globalizadores no proporcionaron una única narrativa del poder, sino experiencias de hibridación cultural muy distintas. Mestizos, conversos, esclavos y refugiados no siempre interactuaron de la misma manera, ni en la misma dirección, ni con el mismo sentido. Resultado de todo ello en esta época ya claramente poscolonial es la incesante complejidad, vitalidad y universalidad de lo latino que, en palabras del autor, demuestra que siglos de globalización ibérica no se pueden reducir a una simple *disneyficación*.

José María Ortiz de Orruño Legarda

Sandra Rebok (ed.): *Traspasar fronteras. Un siglo de intercambio científico entre España y Alemania – Über Grenzen hinaus. Ein Jahrhundert deutsch-spanische Wissenschaftsbeziehungen*. [Madrid] s. f. [2010]: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 432 páginas.

Se trata de presentar un catálogo de una importante exposición dedicada al intercambio científico entre España y Alemania. En la Introducción al catálogo, la editora científica, Sandra Rebok, resalta la larga tradición que tiene el interés recíproco de España y Alemania por la literatura, la historia o la cultura del otro país. Lo mismo se puede decir de las ciencias, sólo que en este caso la especial atención obedeció en ambos casos a motivaciones distintas: eruditos alemanes organizaron expediciones para investigar España, y desde el lado español, los germanófilos tenían a Alemania como modelo. Importantes

fueron también los viajes a Alemania de eruditos españoles que se interesaban por los conceptos desarrollados en la filosofía, la pedagogía o la política. El viaje de Julián Sanz del Río (1843-45) para conocer las teorías sociales del filósofo kantiano Karl Christian Friedrich Krause tendría amplias consecuencias, ya que la filosofía del pensador alemán se convertiría en España en una influyente corriente filosófica, el krausismo, que por su parte desempeñaría un papel importante en la creación, en 1876, de la Institución Libre de Enseñanza.

En 1907, se creó en España la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), presidida por Santiago Ramón y Cajal, y unos años más tarde, en 1910, toda una serie de instituciones, como la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos o el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, que desarrollarán y profundizarán las relaciones científicas hispano-alemanas. La JAE permitió con sus becas estatales a un buen número de jóvenes investigadores completar sus estudios en universidades alemanas que a principios del siglo xx gozaban de gran prestigio, sobre todo en el campo de la Medicina, la Jurisprudencia y la Filosofía. El intercambio científico fue interrumpido por la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, y las nuevas iniciativas de cooperación tuvieron que adaptarse a las formas totalitarias y autoritarias del momento. En el contexto democrático actual, se reanudó la cooperación hispano-alemana en los diferentes campos científicos.

La exposición ha sido organizada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en cooperación con el Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD). Exposición y catálogo ofrecen una panorámica del desarrollo de la cooperación científica entre los dos países

en el transcurso del último siglo. El catálogo, además, profundiza en los distintos temas, gracias a las concienzudas contribuciones de diferentes expertos. Comienza con los antecedentes del intercambio científico hispano-alemán en el siglo XIX (Miguel Ángel Puig-Samper), sigue una panorámica general del desarrollo de la investigación alemana sobre España, su literatura y cultura en los siglos XIX y XX hasta la Segunda Guerra Mundial (Dietrich Briesemeister) y, a continuación, un capítulo sobre las relaciones científicas entre ambos países durante los años veinte, relaciones que respondieron más a intereses geoestratégicos y de política científica que a motivos estrictamente de intercambio intelectual (Albert Presas y Puig). En los albores del siglo XX, y hasta finales de los años veinte, se crearon toda una serie de instituciones alemanas, con el propósito de fomentar el intercambio científico con España, como por ejemplo el Centro de Estudios Alemanes y de Intercambio en Barcelona, o el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español en Madrid, predecesores del DAAD, el Instituto Görres en Madrid, y otras iniciativas. Las circunstancias políticas de los años treinta y cuarenta acabaron con estos prometedoros proyectos y planes, como escribe Sandra Rebok. Un capítulo especial merece la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, desde su fundación en 1907 hasta 1939 (José García-Velasco), como un precedente de la “Europa del conocimiento”; la Junta no era sólo una agencia de investigación que enviaba becarios a formarse o que organizaba y promovía centros, sino que también era un proyecto de transformación de la sociedad española por medio de la educación y de la cultura, lo que se puede apreciar contemplando el caso de la Residencia de Estudiantes. Un estudio aparte reciben los pensionados de la JAE en Alemania, ya

que este país fue uno de los destinos preferidos de los pensionados por la JAE (769 de 3.150 pensiones, casi una cuarta parte), entre ellos Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Juan Negrín, Ramón Carande, María de Maeztu, Pere Bosch i Gimpera, Severo Ochoa y muchos otros (Marició Janué i Miret). Una institución más bien poco conocida es la Residencia de Señoritas, un centro que acogió en Madrid a mujeres alemanas, al tiempo que estimuló a españolas a realizar viajes de estudios a Alemania (Arno Gimber, Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Santiago López-Ríos), dirigido por María de Maeztu y que conformó, en el marco de las clases medias y en coordenadas liberales, un nuevo tipo femenino, excepcional en el panorama de su tiempo.

En el campo de la filosofía, una gran mayoría de los estudios en el extranjero se llevaron a cabo en Alemania. Concha Roldán subraya que si bien la proporción de pensionados que viajaron a Alemania en el campo de la filosofía no fue muy elevada en comparación con otras disciplinas, sí fue importante la relevancia de sus obras y la trascendencia de su pensamiento en el mundo de la cultura y la política, como lo demuestran entre otros Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, José Ortega y Gasset, Manuel García Morente, Javier Zubiri, Ramiro y María de Maeztu. Intensivo fue también el intercambio científico en la Filología, la Historiografía y la Genética (José María López Sánchez), ya se tratase de escuelas enteras de investigadores, como fue el caso de los filólogos e historiadores españoles, o de casos individuales de amistad entre colegas, como fue el de los genetistas Zulueta y Goldschmidt. Figuras como Menéndez Pidal o Sánchez Albornoz sostuvieron un diálogo de iguales con sus homólogos alemanes.

Sigue un estudio sobre los juristas de la JAE (Luis Arroyo Zapatero), entre ellos

Wenceslao Roces, Luis Recasens, José Castillejo, Francisco Ayala y tantos otros; a continuación, los sesenta representantes de la Física, la Química y las Matemáticas que fueron a Alemania (José Manuel Sánchez Ron), entre ellos el químico José Casares Gil, el matemático Julio Rey Pastor y el físico Miguel Catalán.

El principal representante de la investigación arqueológica alemana en la Península Ibérica es el Instituto Arqueológico Alemán (IAA), cuyos orígenes datan de 1829 (Jorge Maier Allende, Thomas G. Schattner). Entre los arqueólogos pensionados por la JAE, se encontraban Pedro Bosch Gimpera, Julio Martínez Santaolalla y Martín Almagro. Este capítulo sobre el IAA ya abarca, ante todo, la fase posbélica. A este período se refiere, explícitamente, el ensayo de Carlos Sanz Díaz sobre las relaciones científico-culturales hispano-alemanas entre 1939 y 1975, que insiste en las vías de prolongación asentadas en las redes de relaciones personales entre científicos, técnicos y académicos de los dos países, resaltando los elementos de continuidad entre las épocas pre y posbélica.

En el estudio sobre “la cooperación científica y académica hispano-alemana”, Christine Arndt y Barbara Göbel analizan el papel que desempeñan hoy en día los lazos en el campo académico y científico en la relación entre Alemania y España, prevaleciendo el punto de vista alemán y resaltando el intercambio universitario. Las autoras destacan el remarcable dinamismo que presentan, en los últimos años, las relaciones de intercambio académico entre España y Alemania. En la última aportación, José Juan Sánchez Serrano presenta la cada vez mejor colaboración científica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas con Alemania.

Dada la enorme importancia del intercambio científico entre España y Alemania, se ha optado por presentar de manera

algo más detallada el contenido de este excelente catálogo, cuyas valiosísimas aportaciones son, al mismo tiempo, un resumen de la bibliografía existente sobre todos y cada uno de los temas tratados. Las relaciones científicas existentes hoy entre España y Alemania, se asientan en una amplia base histórica que se remonta, en muchos casos, al siglo XIX. El intercambio científico es, hoy en día, más importante que nunca. La exposición y el catálogo presentado, con sus textos y múltiples ilustraciones, no sólo dan cuenta del rico pasado de las relaciones científicas entre Alemania y España, sino que animan a seguir practicando el intercambio y la cooperación en los ámbitos científico y universitario.

Walther L. Bernecker

Josefina Cuesta Bustillo: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo xx. Madrid: Alianza 2008. 496 páginas.*

Recientemente alguien ha sostenido que, mientras que en muchos países europeos la memoria como categoría y enfoque de investigación sigue gozando de un gran florecimiento, España sería una excepción al respecto. Si bien la recepción del conocido concepto de Pierre Nora no ha desembocado, hasta el momento y como en Alemania,¹ en un amplio proyecto científico de describir los *lieux de mémoire* de España, esta afirmación es equivocada, puesto que lo que en este país se llama “memoria histórica” ya lleva, por

¹ François, Etienne/Schulze, Hagen (eds.): *Deutsche Erinnerungsorte*. 3 tomos. München: Beck 2001.

lo menos, una década siendo objeto de los debates tanto fuera como dentro de las universidades.

Muestra y fruto de ello es la amplia monografía de la historiadora salmantina Josefina Cuesta. A pesar del *understatement* de no haber elaborado más que un “esbozo” (p. 20) lo que realmente pretende Cuesta es escribir un libro de síntesis, motivo que, en efecto, ya indica el subtítulo *Historia de la memoria en España*. La obra se divide en tres grandes partes más un “epílogo” que ejerce de conclusión.

La primera parte se ocupa intensamente de cuestiones teóricas. Se aborda la vieja problemática de la relación entre memoria e historia, como también la de la narración que las parece unir en el fondo. Otros capítulos abarcan el concepto de la memoria colectiva y fuentes orales que, en los últimos años, han venido cobrando mucha atención con el auge de la memoria. Llama la atención que la historiografía española toma nota de la producción teórica francesa al respecto –Josefina Cuesta de hecho asistió a cursos sobre el tema de la Universidad de París–, mientras que se le escapan las discusiones intensas en Alemania y las aportaciones importantes de Aleida y Jan Assmann. Cabe suponer que eso se debe a problemas lingüísticos y una falta de intercambio.

Las dos partes que siguen a la primera reflejan lo que es el interés propio de la publicación, es decir las culturas del recuerdo y las políticas de la historia de la dictadura de Francisco Franco y de la democracia. Se comienza con algunas anotaciones sobre la memoria de la II República y sus intentos de arraigar el republicanismo en una tradición histórica (p. 139) para proseguir con “el secuestro de la memoria republicana” que se llevó a cabo ya en tiempos de la Guerra Civil por el Servicio Nacional para la Recuperación de Docu-

mentos que confiscaba sistemáticamente todos los documentos del enemigo republicano (pp. 157 s.). Los dos capítulos siguientes describen detalladamente la importancia y la forma cómo el franquismo usó el pasado beligerante, a cuyo desenlace debía su existencia.

Aquí como también en la tercera parte que aborda la transición y la democracia el lector no puede evitar un sentimiento de *déjà vu*. Entre otros Paloma Aguilar y Bernecker/Brinkmann ya han publicado estudios exhaustivos al respecto, y el libro de Cuesta va poco más allá de sus descripciones y conclusiones.² Donde sí aporta algo nuevo es en la perspectiva exterior que se traza en el capítulo 7 (y vuelve a hacerlo más adelante), cuando Cuesta analiza lo que escribían periódicos extranjeros en el año 1975 sobre España. Puede resultar interesante leer cómo en Francia o Inglaterra el recuerdo de la Guerra Civil se sobreponía al de la II República (pp. 266 s.) y que se interesaba más por los varios pretendientes al trono español que por la posible vía republicana hacia el futuro del país ibérico (pp. 279 s.). Sin embargo, esto ayuda poco a entender mejor la historia de la memoria *en España*.

Los capítulos del libro muchas veces tienen una forma encerrada en sí, así que se leen como una unidad propia. Éste es el

² Véase entre otros: Aguilar Fernández, Paloma: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza 1996. Más reciente: Aguilar, Paloma: *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza 2008. Bernecker, Walther L./Brinkmann, Sören: *Kampf der Erinnerungen. Der Spanische Bürgerkrieg in Politik und Gesellschaft 1936-2006*. Nettersheim: Graswurzelrevolution 2006. En castellano: Bernecker, Walther L./Brinkmann, Sören: *Memorias divididas. Guerra civil y franquismo en la sociedad y la política españolas (1936-2008)*. Madrid: Abada 2009.

caso, por ejemplo, de los capítulos 8 y 9 que ofrecen una descripción acertada de cómo se recordaban y se recuerdan la II República y la Guerra Civil en la democracia actual. Son, además, capítulos enriquecidos por muchos detalles y estudios de periódicos españoles. Desafortunadamente el tomo sufre, al disponer de esos capítulos-artículos, de cierta pérdida de coherencia que se nota en las no pocas redundancias.

A esto se añade cierta ambigüedad a la hora de denominar las cosas. En el último capítulo (11) —y uno se pregunta por qué no se presenta más adelante— Cuesta se dedica al *nexus* “Recuerdo, silencio y amnistía en la transición y en la democracia españolas”. Aborda la discusión sobre si hubo en los años setenta un “pacto de silencio” (p. 379), pero lamentablemente no presenta ninguna respuesta satisfactoria. Por un lado Cuesta se decide por “rechazar la idea de una transición amnésica” (p. 381). Sin embargo en la parte teórica del libro define amnesia en el ámbito político como “no recordar oficialmente” p. (83) y esto es justo lo que les pasó a “los paseados y desaparecidos” (p. 255) y otras víctimas del franquismo también en la democracia como la misma autora constata varias veces (p. 255 p. e.).

En este contexto llama mucho la atención que las asociaciones para la recuperación de la memoria histórica apenas se mencionan en el libro (pp. 325, 331, 340). Y esto cuando este movimiento ha sido el agente social que ha empujado en los últimos diez años fuertemente el tema de la memoria en España. Cabe añadir que la historiografía española aportó, por mucho tiempo, bastante poco en cuanto a la represión franquista, otra cuestión en que la monografía no pone énfasis.

Josefina Cuesta ha acertado en escribir un libro de visión de conjunto sobre el tema de la memoria para el lector interesado que

se lee bien y que refleja el estado de la cuestión al respecto. Sin embargo, al experto apenas le aporta algo nuevo, aunque la parte teórica puede servir para una reflexión profunda. Por desgracia, la publicación carece de ilustraciones, pero ofrece a su público cosas tan útiles como un índice analítico o un listado sobre todas las leyes y normas de amnistía entre 1975-1990 (pp. 395 s.). Como ya fue publicado en 2008 no entran en el estudio hechos más recientes como el diseño final de la Ley de la Memoria Histórica, la actuación del juez Garzón y el procedimiento de la justicia española contra él, así como la radicalización del movimiento para la recuperación de la memoria histórica que reivindica, ahora sí, acabar con la impunidad del franquismo.

Alexandre Froidevaux

Alfonso Botti: *Cielo y dinero. El Nacionalcatolicismo en España, 1881-1975*. Madrid: Alianza 2008. 247 páginas.

Alfonso Botti, profesor de Historia Contemporánea y de Historia de Europa en Urbino (Italia), publicó este libro ya en 1992, tanto en italiano como en español. En su nota a la edición de 2008 informa sobre la historia variada y controvertida de la obra. Fernando García de Cortázar (Universidad de Deusto) presenta y defiende, en un lenguaje tan pulido como irónico, aquella obra de Botti. Sigue la introducción por el autor, que se dedica en primer lugar al término “nacionalcatolicismo” porque éste “se utiliza para describir la más típica entre las ideologías político-religiosas del catolicismo español desde el inicio del siglo XIX, las premisas y consecuencias del compromiso de la Iglesia española desde la década de 1930 hasta la de 1960, la ideología que ella

prestaría al franquismo y él asumiría como propia –hasta el punto que por parte de algunos se la considere como la ‘ideología del franquismo’– así como la forma de Estado confesional que surge de la Guerra Civil” (pp. 23-24). “[...] Esas ideas se pueden identificar con una peculiar visión de la historia española, de la que parten un modelo de sociedad y una concepción del Estado” (p. 24). Con estas citas tenemos un resumen de lo que seguirá en los cuatro capítulos del libro. Botti ofrece además una visión de la historia desde Recaredo, la Reconquista, Lepanto, el Siglo de Oro, los Borbones, hasta Franco y la Guerra Civil. Informa sobre los estudios hispánicos en Italia, sobre la importancia de viajeros como Montesquieu, Mérimée, Gautier, sobre la reacción de la Generación del 98 y sobre la situación en los períodos importantes de la primera mitad del siglo xx.

“Origen del término y estado de los estudios” sirve también, de otra manera, como introducción –presenta las posiciones de Menéndez Pelayo, Laín Entralgo, A. Castro, Sánchez Albornoz, J. L. Aranguren y J. Marías–. Otros temas discutidos son: la diferencia entre el nacionalcatolicismo y el catolicismo nacional, el régimen autoritario o totalitario, la dictadura, el pluralismo limitado, el paternalismo elitista, la mentalidad ideológica, Escrivá y el Opus Dei. También se ocupa este primer capítulo de la historiografía, ilustrado por el ejemplo de algunos historiadores importantes.

“De los orígenes a los años veinte” analiza la reacción católica frente a la Ilustración, a la Revolución Francesa, a la invasión de 1808, a las Cortes de Cádiz, al Carlismo, a los neocatólicos integristas, a las riquezas de la Iglesia y la desamortización, a las Cajas de Ahorro y los Montes de Piedad, al liberalismo “bueno” y a los nacionalismos “malo” y “bueno”. Los personajes dominantes en este capítulo son

Menéndez Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*), los marqueses de Comillas, Vázquez de Mella, Julián Juderías, Ramiro de Maeztu.

“Los años treinta. La oposición a la República y la Guerra Civil” continúa con varios de los nombres ya conocidos, completándolos con Eugenio Montes, José Pemartín, José Calvo Sotelo y, naturalmente, Primo de Rivera, todos relacionados de alguna manera con Acción Católica. Como representante número uno del mito panhispánico figura Onésimo Redondo, pero aquí vuelve otra vez Ramiro de Maeztu. Durante la Guerra Civil, en el curso de la “Cruzada”, destacan el obispo-primado Enrique Pla y Deniel y su colega Gomá. Muchos de los otros obispos de la época ofrecen sus elogios a Franco.

“De los años cuarenta a los sesenta. La ideología del Franquismo” presenta las relaciones del catolicismo con los fascismos en Alemania, Italia y Japón. Botti compara al Caudillo con el Duce y con el Führer. Entre los nombres importantes nos encontramos con J. M. Areilza, F. M. Castiella y M. García Morente. El Opus Dei destaca aquí por su santificación del trabajo. Rafael Calvo Serer es presentado como teórico de la Restauración. Su *España sin problema* contesta a *España como problema* de Laín Entralgo. En conexión con el clima de revisionismo historiográfico surgen de nuevo tanto Menéndez Pelayo como el Opus. Finalmente el autor se dedica detalladamente, con muchos datos, al grupo quizás más conocido, a la ideología de los tecnócratas: Navarro Rubio, Ullastres, López Bravo, López Rodó, Lora Tamayo, Fernández de la Mora.

En las “Conclusiones”, Botti nos ofrece no sólo una retrospectiva útil, para entender las respectivas relaciones. Bien clasificados en siete grupos, pone de relieve, en otro resumen, los aspectos más significativos.

Completa estos textos (del año 1992) con “Algo más sobre el Nacionalcatolicismo”. En un total de 31 páginas, Botti da ejemplos de la acogida inmediata, de las reacciones a la primera publicación de su libro, seguido por la situación 16 años después, y “Reformulando con algunas advertencias”.

La versión española del original italiano se debe al autor. Las 427 notas (en su gran mayoría de una lectura obligatoria, incluyendo la bibliografía) se encuentran al final de cada uno de los cuatro capítulos. El índice de nueve páginas facilita la orientación.

Parte del contenido se dirige más bien a los historiadores especializados, pero también el no especialista puede sacar gran provecho de este análisis siempre objetivo, *sine ira et studio*, hasta en los párrafos sobre el Opus Dei o sobre Franco.

Rudolf Kerscher

José María Castillo Sánchez/Juan José Tamayo Acosta: *Iglesia y sociedad en España*. Madrid: Editorial Trotta 2005. 144 páginas.

Erwin Gatz (ed.): *Kirche und Katholizismus seit 1945*. Vol. 3: *Italien und Spanien*. Paderborn: Ferdinand Schöningh Verlag 2005. 182 páginas.

La sociedad española, al igual que la mayoría de las sociedades occidentales, ha vivido en las últimas décadas un cambio que se ha producido a un ritmo poco menos que vertiginoso. Este cambio ha afectado de forma espectacular a la Iglesia católica, bajando en España sin precedentes el número de personas que se consideran miembros de ella. Además, los sistemas políticos occidentales, y en este

sentido también el español, han evolucionado hacia una neutralidad en materia religiosa más o menos pronunciada, dejando atrás la confesionalidad estatal característica de los siglos pasados. Las religiones, y en concreto la religión católica, se presentan, por su parte, reacias a adaptarse a cambios sociales y, sobre todo, de valores, al considerarse defensoras de verdades tanto absolutas como eternas.

Los dos estudios presentados en esta reseña tratan de esta situación, que ha creado conflictos y tensiones entre las fuerzas implicadas tanto en el ámbito político como en el social. Y ya que la temática es de actualidad, discutido desde hace años de una manera altamente controvertida, no sólo por sociólogos e historiadores sino también por la sociedad y los medios de comunicación, resulta de especial interés centrar la atención en el enfoque de ambos trabajos en esta cuestión que, dicho sea de antemano, resultan ser ampliamente divergentes.

Mariano Delgado, teólogo y actual decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Friburgo (Suiza), uno de los centros europeos que durante el siglo XX atrajo a un buen número de teólogos españoles, nos presenta en el tomo dedicado a Italia y España de la obra colectiva *Kirche und Katholizismus seit 1945* una panorámica de los enormes vaivenes que afectaron a la Iglesia en España durante las últimas décadas. Anclando su análisis en la perspectiva de la confrontación entre la Iglesia y el liberalismo decimonónicos, Delgado narra la historia de una Iglesia y un catolicismo político acosados por fuerzas laicistas que pretenden erradicar la religión del seno de la sociedad y arrebatar a la Iglesia aquella posición social preeminente que según el autor le corresponde.

De esta forma, tanto la legislación en materia religiosa de la Segunda República como un detectado ímpetu laicista que,

apoyado por los medios de comunicación, pretende ser hegemónico (p. 152), no se han correspondido en su momento ni se corresponden con la actual realidad social española. En esta línea argumentativa, el autor también destaca el carácter religioso de la Guerra Civil del 36. Por otra parte, y dentro de una perspectiva acorde con importantes sectores de la actual jerarquía española, Mariano Delgado evita la visión generalizada de una Iglesia profundamente compenetrada con el régimen de Franco y subraya al contrario la desconfianza de la jerarquía respecto de la dictadura.

Mientras que Mariano Delgado parte de la perspectiva de la defensa de la doctrina y de los peligros que acechan a la Iglesia desde una sociedad cada vez más secularizada y supuestamente hostil a la religión católica, los autores José María Castillo y Juan José Tamayo presentan un enfoque hartamente distinto. Ambos son miembros destacados de la Asociación de Teólogos Juan XXIII y pertenecen por tanto a una corriente actualmente marginada dentro de la Iglesia católica que se inspira en la apertura doctrinal como resultado del Concilio Vaticano II. Esta corriente aboga por cambios sustanciales tanto en las estructuras de la Iglesia como en materia doctrinal, al considerar que el rumbo que siguió la Iglesia a partir del papado de Juan Pablo II resultó en una involución respecto de los postulados conciliares.

En un primer apartado, José M. Castillo nos ofrece una panorámica de la complicada situación en la que se encuentra actualmente la Iglesia católica en España, tanto de cara a su dimensión política como respecto de su implantación y del grado de aceptación dentro de la sociedad. Las conclusiones, sin embargo no son pesimistas al destacar al mismo tiempo que, no obstante, persiste un fuerte sentir religioso independiente de la institución

eclesial. Es más, ambos autores constatan una pluralidad de hechos religiosos, de actitudes éticas y de valores sin considerar una religión determinada como defensora de verdades absolutas. Al mismo tiempo, ambos autores deploran sobre todo tanto una mundanidad como una actitud considerada como demasiado política por parte de la jerarquía.

Partiendo de esta situación, este autor diseña perspectivas de futuro para la Iglesia, abogando por una vuelta a sus raíces espirituales basadas en los Evangelios. La situación actual se presenta, pues, como un desafío del que la religión católica puede sacar un gran provecho y que puede surtir efectos singularmente positivos. Así, este pequeño volumen no sólo presenta un análisis del “problema” de la Iglesia sino que ofrece al igual una perspectiva alentadora para el catolicismo.

Ambos estudios, en definitiva, muestran un análisis y unas valoraciones en buena medida divergentes en la interpretación de la situación actual de la Iglesia así como de la visión de sus perspectivas de futuro. Al igual, también representan dos corrientes dentro del catolicismo enfrentadas actualmente en buena medida tanto dentro como fuera de España.

Carlos Collado Seidel

Josep Clara: *El militar que va creure en l’Aliança Obrera. León Luengo Muñoz (1897-1944)*. Girona: Cercle d’Estudis Històrics i Socials 2009. 110 pàgines.

En contraposición a la imagen *conservadora* o *ultra* de muchos profesionales de la milicia, el capitán León Luengo Muñoz, que alcanzó el grado de teniente coronel en el ejército de la Segunda República, fue un militar atípico por su compromiso con

la causa democrático-republicana y muy especialmente con el movimiento obrero.

Nacido en Zaragoza en 1897 e hijo de militar, desarrolló su andadura profesional en guarniciones de Marruecos y la Península, singularmente en la Rioja y Cataluña. Perteneció a la misma promoción que Manuel Baturone Colombo, José E. Varela Iglesias y Joaquín Ríos Capapé, que alcanzaron el grado máximo del generalato en el régimen de Franco. Él, más aplicado en las aulas y también en los ejercicios tácticos, dotado de una inteligencia superior, superó a todos ellos en el orden del primer escalafón, y también los aventajó por su cultura y compromiso social.

Su sensibilidad obrerista se puso de manifiesto en los sucesos revolucionarios de octubre de 1934, cuando colaboró con la Alianza Obrera y no dudó en colocarse al frente de la rebelión en Lleida, en el momento en que los resistentes fueron hostilizados por el ejército. Al fracasar este movimiento, fue lógicamente encarcelado por sus compañeros de profesión, y a continuación procesado y condenado a la pena de reclusión perpetua. Con Frederic Escofet y otros militares catalanes cumplió prisión en la fortaleza de Santa Catalina (Cádiz) hasta que resultó indultado en 1936, tras el triunfo del Frente Popular. Poco después, en abril del mismo año, propuesto por el POUM, fue elegido compromisario, por la circunscripción de Lleida, para la elección del presidente de la República. Desde luego, Luengo no votó a Azaña, sino a favor del minero y dirigente socialista asturiano González Peña, con lo cual evidenció su conciencia de clase.

Durante la Guerra Civil, León Luengo mantuvo su compromiso político-social y ocupó diversas responsabilidades a las órdenes de la Generalitat y también en el cuerpo de Seguridad, en Barcelona, ciudad en la que también fue conferenciante

y animador de los nuevos cuerpos armados. Exiliado en 1939, tuvo la desgracia de caer en manos de los alemanes de la Gestapo, que lo apresaron y deportaron al campo de Dachau, donde fue exterminado en 1944, después de sufrir un largo calvario de privaciones, enfermedades y penas, al tiempo que en el Estado español era expedientado por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, ya que Luengo había pretendido ingresar —sin conseguirlo— en la orden de la escuadra y el compás en 1935, cuando estaba privado de libertad en el penal de Santa Catalina.

El excelente trabajo firmado por el profesor de la Universitat de Girona, que sigue la trayectoria vital de León Luengo, se sustenta en fuentes documentales procedentes de una decena de archivos locales y estatales, entre ellos el General Militar, de Segovia, acompañado de una bibliografía selecta. Utiliza también fuentes hemerográficas y se estructura en siete capítulos y un apéndice documental que recoge ampliamente el proceso a que fue sometido Luengo Muñoz en 1934.

El autor consigue transmitir con precisión lo que tiene de inusual el personaje militar, un hombre idealista, comprometido con los partidos obreros; por esta razón a Frederic Escofet le pareció una réplica del capitán Fermín Galán. El libro revela no solamente la actuación y el drama de un individuo, sino también un tiempo, un país y una vida pública. Lo importante y sugerente del libro es que hace trascender la figura del protagonista, que se convierte en paradigma de la tragedia que sufrió la oficialidad profesional española que mantuvo su fidelidad al régimen republicano.

Antoni Gavalda

Víctor Alba/Stephen Schwartz: *Spanish Marxism versus Soviet Communism. A History of the P.O.U.M. in the Spanish Civil War*. New Brunswick/London: Transaction Publishers 2008. 323 páginas.

En esta revista ya han aparecido diferentes reseñas sobre publicaciones que tratan de la historia del POUM en la Guerra Civil española, la última en el nº 33, de marzo de 2009 (véase mi reseña pp. 258-262). El primer historiador del POUM fue el conocido Víctor Alba, muerto en el año 2003. Se dio a conocer como periodista en el exilio y luego enseñó ciencias políticas en la Kent State University.¹ Publicó a mediados de los años setenta una obra de cuatro volúmenes, que presentó la historia del POUM incluyendo sus organizaciones previas. Esta obra también incluía biografías de sus dirigentes más importantes, Andreu Nin y Joaquín Maurín. En versiones un poco diferentes aparecieron primero en catalán y en castellano, luego, en 1975, en una versión en francés, abreviada sobre todo por las dos biografías. Esta versión fue traducida al inglés por Stephen Schwartz, revisándola y ampliándola. Apareció primero en 1988 y ahora ha sido republicada como libro de bolsillo.

Empezando con el eco de la revolución de Octubre en el movimiento obrero español, se describe de forma compacta pero no superficial cómo se formó el comunismo catalán. Y luego, cómo la

gran mayoría de sus militantes entraron en oposición a la dirección del partido y cómo fueron expulsados. Cómo, con el transcurso de los conflictos sociales en España entre 1931 y 1936, llegaron a la fusión con los trotskistas que tenían una presencia organizativa sobre todo fuera de Cataluña. La parte principal es, naturalmente, la presentación del nuevo partido, el Partido Obrero de Unificación Marxista, en la Guerra Civil hasta su supresión a partir de 1937. Los años posteriores, el franquismo y el exilio y finalmente la disolución, ya no son tratados. Un capítulo final, escrito por Stephen Schwartz, describe a algunos de sus compañeros de lucha internacionales, sobre todo los anglosajones, entre ellos destaca naturalmente el escritor George Orwell, más tarde conocido por su libro sobre su lucha en las milicias del POUM, *Homenaje a Cataluña*. No todos los informes y reportajes, en que se basa Schwartz, están publicados hasta ahora.²

Todo el libro usa un lenguaje fluido y nos ofrece una visión sugestiva sobre lo que representó el POUM en la Guerra Civil. Pero se tienen que hacer las mismas limitaciones que en la versión principal.³ Así las fuentes de la obra son relativamente escasas ya que Alba ni siquiera accedió a las fuentes disponibles ya en aquel tiempo. Mucho de lo relatado en su libro se basa en sus propios recuerdos o en

¹ Véanse sus memorias, en las que habla desde luego mucho sobre el POUM, ya que no sólo fue su historiador sino que había sido su militante y había ganado su primera experiencia como periodista en su prensa: Víctor Alba: *Sísif i el seu temps*, 4 vols. Barcelona 1990-1997; o también abreviada en castellano: *Sísifo y su tiempo. Memorias de un cabreado 1916-1996*. Barcelona 1996.

² En efecto, hace poco se publicaron cartas de Lois Cusick-Orr que él incluye en su presentación y quien durante algún tiempo colaboró en la propaganda internacional del POUM durante el invierno de 1936-1937 en Barcelona: Gerd-Rainer Horn: *Letters from Barcelona. An American Woman in Revolution and Civil War*. Basingstoke 2009.

³ Véanse mis referencias al respecto en mi presentación de este partido: *Die POUM im spanischen Bürgerkrieg*, Frankfurt am Main 1987.

los de otros miembros. Ello trae consigo consecuencias para la exactitud de la obra. El POUM fuera de Cataluña, aunque fuese débil, prácticamente no está considerado. Además de como militante participó también en las confrontaciones internas del partido. Influidor por el ala nacionalcomunista de Maurín, que durante la lucha se envolvió en polémicas crecientes contra los antiguos trotskistas, repite aquí una serie de evaluaciones insostenibles sobre las corrientes del partido, como, p. ej., que los trotskistas representaban el ala derecha y, con sus posiciones en la dirección del partido, frenaban a la base más radical en Cataluña.

Y por supuesto, hoy en día no hay solo numerosos estudios que se basan en los archivos españoles. Tratan sobre todo la historia local del POUM en muchos lugares de importancia para sus actividades, pero también la historia ‘desde arriba’ que finalmente selló su destino. Especialmente en relación con esto hay que ver las revelaciones después de la apertura de los archivos soviéticos después de 1991 y que no en último término sacaron a la luz los trasfondos de la persecución del POUM por los aparatos estalinistas después de las jornadas de Barcelona de mayo de 1937. Sus puntos culminantes eran, como se sabe, el asesinato de su líder, Andreu Nin, por el servicio secreto soviético y la farsa de un “proceso de Moscú en Barcelona”. Para ambos hoy conocemos los trasfondos y los transcurros mucho mejor de lo que pudo conocerlos Víctor Alba.

Reiner Tosstorff

Richard Wigg: *Churchill and Spain. The survival of the Franco regime, 1940-45.* London: Routledge 2005. 211 páginas.

Enrique Moradiellos: *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial.* Barcelona: Península 2005. 479 páginas.

España y la Segunda Guerra Mundial es un tema que ejerce un gran atractivo no sólo para los historiadores sino también para un público mucho más amplio interesado en esta etapa de singular relevancia para la historia reciente del país. Las razones son múltiples, pero entre ellas destacan diversos mitos que desde hace años originan polémicas como lo es la supuesta neutralidad de España ante el conflicto, la amistad entre Franco e Hitler, así como de forma especial el mito de la tenacidad con la que Franco lograría evitar la entrada de España en la guerra o la habilidad del dictador para sobrevivir junto con su régimen al ocaso del fascismo en 1945.

Así han ido apareciendo un buen número de sólidos trabajos de investigación sobre la acción exterior española durante la conflagración mundial. Mientras que en este contexto, en un principio y por razones comprensibles, el interés recayó de forma especial en las relaciones hispano-nazis, durante mucho tiempo sólo hemos contado con visiones parciales de la política angloamericana, tal y como lo son sobre todo el estudio de James Cortada del año 1973 sobre la “guerra del wolframio” o el trabajo de Denis Smyth de 1986 sobre la política británica hacia España en la primera fase de la guerra (1940-1941). Casi simultáneamente han aparecido recientemente dos libros que tratan de las relaciones hispano-británicas durante la guerra mundial. Además, ambos se centran en la personalidad y actitud de sus máximos dirigentes, Churchill y Franco, que impri-

mieron su sello en la acción exterior de sus respectivos países.

Richard Wigg, un antiguo corresponsal del periódico londinense *The Times* con experiencia profesional en España, centra su atención en la cuestión de las razones que explican la supervivencia, más allá del año 1945, del régimen de Franco, un régimen que según este autor fue el tercero de los tres grandes regímenes fascistas en Europa. Para Wigg (que extrañamente no ha tenido en cuenta el fundamental trabajo de Smyth), la actuación de Churchill es determinante para entender por qué Franco y su régimen pudieron sobrevivir el ocaso del fascismo en Europa, un hecho que, por lo demás, ya sorprendió hartamente a los contemporáneos. Según la evidencia documental, Churchill se opuso a las sugerencias de su propio embajador en España, Sir Samuel Hoare, quien a partir de la segunda mitad de 1944 aconsejaría cada vez más insistentemente una presión política y económica sobre España para de esta forma forzar un cambio de régimen. Al igual, Churchill tampoco tuvo en cuenta la posición de su ministro de Exteriores, Anthony Eden, que también se inclinaba por una línea dura respecto a Franco. En este sentido, Wigg considera que los últimos meses de la guerra fueron cruciales respecto al futuro del régimen.

Churchill no sentía la más mínima simpatía hacia Franco, si bien también dejaría claro que preferiría vivir en España antes de hacerlo en la Unión Soviética, en aquel entonces aliada de Londres. Para el primer ministro, sin embargo, la cuestión del régimen era secundaria. Churchill, como *Realpolitiker*, centraría en todo momento su atención en los intereses imperiales del Reino Unido. Por tanto buscaría mantener a la Península Ibérica como una zona estable y no hostil hacia la Gran Bretaña, pues el estrecho de Gibraltar era en aquellos tiempos un área de vital relevancia

estratégica. Así lo fue en el año 1940, cuando la Guerra Mundial asoló Francia y plantó el frente bélico en los Pirineos, al igual que lo fue a finales de la guerra. Otra cosa es, sin embargo, que este interés vital se desvaneciera al poco tiempo ante los cambios geopolíticos de postguerra.

Estos resultados también son defendidos por el historiador Enrique Moradiellos en su extenso y riguroso análisis de la política y diplomática bilaterales, un trabajo basado en amplia documentación consultada en archivos tanto españoles como británicos. Pero mientras que el estudio de Wigg está guiado en buena medida por su apasionamiento respecto a la cuestión del régimen, Moradiellos presenta una visión más matizada al ponderar las múltiples facetas de la actitud británica hacia España, denominada comúnmente de “palo y zanahoria”, un término utilizado frecuentemente en aquel entonces en el Foreign Office londinense respecto a la política a seguir frente al régimen de Franco.

La actitud de Churchill como factor clave para entender la supervivencia del régimen de Franco es un resultado que si bien no es novedoso, subraya una vez más la nulidad de aquella leyenda que extrañamente aún sigue haciéndose eco, según la cual la continuidad del régimen sería debida a la habilidad diplomática de un astuto general Franco.

Carlos Collado Seidel

Eduardo González Calleja: *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*. Madrid: Alianza 2009. 447 páginas.

En los últimos años han *aparecido* unas cuantas publicaciones sobre movi-

miento estudiantil en la España de Franco, alguna de ellas en este mismo año de 2010, como es el caso de la obra en gallego de Ricardo Gurriarán, *Inmunda escoria. A universidade franquista e as mobilizacións estudiantís en Compostela, 1939-1968* (Edicións Xerais de Galicia y Fundación 10 de Marzo), una muy interesante monografía que cubre aspectos concretos de la universidad gallega. Lo mismo puede decirse de ciudades como Sevilla, por ejemplo, que para un período crítico cuenta con el trabajo de Alberto Carrillo *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla, 1965-1977* (Centro de Estudios Andaluces, 2008). El texto que ahora comentamos, sin embargo, tiene una ambición mayor en cuanto que aspira a cubrir un período mucho más amplio y a establecer un marco general para el análisis de los movimientos juveniles que hallan su sede en la universidad.

El autor, Eduardo González Calleja, es uno de los estudiosos de la violencia política en la España contemporánea que más y mejores frutos ha ofrecido. Preocupado por los movimientos juveniles y su proyección contestataria en este caso, Eduardo González Calleja rastrea aquí la movilización estudiantil a lo largo de los siglos XIX y XX, ofreciendo un panorama muy completo, teóricamente sólido y además bien documentado, de las tensiones políticas y generacionales desplegadas en la universidad española.

La introducción, inspirada en un afán contextualizador y comparativista muy de agradecer, nos sitúa en el trayecto de intervenciones políticas asumidas por la juventud —en su calidad de colectivo diferenciado de la clase—, que arrancan en Europa desde fines del siglo XIX. En ese trayecto, el autor trata de responder a tres cuestiones: bajo qué condiciones una cohorte de edad se transforma en una generación activa, contestataria y suscep-

tible de movilización, de qué modo se articula la identidad generacional en movimientos reivindicativos de tipo juvenil, y qué capacidad tiene un movimiento de protesta de ese tipo para influir en la política de un país. Su aspiración, al revisar la historia española, es contribuir a establecer un modelo que consiga “superar los ámbitos restringidos de la historia de la juventud o de la educación española en la época contemporánea” (p. 20).

Para ello se sirve de instrumentos de las ciencias sociales, aportaciones de teóricos de los movimientos juveniles y la teoría de las generaciones, enfoques elaborados al hilo de los cambios propios del siglo XX, y que proceden de la psicología social y la sociología histórica los más exitosos. A partir de ahí elabora González Calleja una propuesta de tipología de las movilizaciones estudiantiles en la España contemporánea —cíclicas y discontinuas, en correlación con la naturaleza generacional del movimiento— estrechamente ligada a los marcos políticos y sociales; una propuesta con la que irá ordenando y reelaborando, casi exhaustivamente, la bibliografía existente hasta el momento para el extenso y desigual período que va desde mediados del siglo XIX hasta la hora actual.

González Calleja ofrece de este modo una reconstrucción seriada extremadamente útil, en la que la organización interna del relato, pormenorizado y lleno de detalles, viene acompañada de una solvente reflexión conceptual y una información bibliográfica muy rica, tanto sobre la acción colectiva y sus modalidades como sobre la heterogénea y disruptiva puesta en escena de la conflictividad juvenil. En la movilización de los jóvenes universitarios destaca, pues, ese carácter discontinuo que hace alternar períodos de gran agitación y visibilidad con otros de desmovilización y apatía, siendo distinto ade-

más su potencial para influir en los derroteros políticos. Como es sabido, es discutida aún la capacidad del movimiento estudiantil antifranquista en cuanto a su contribución efectiva a la caída del franquismo, pero es un tópico en cambio, y difícil de desmentir, el que los movimientos estudiantiles contra la Dictadura de Primo de Rivera y la monarquía, por ejemplo, fueron absolutamente eficaces.

Tanto en un caso como en otro, los lectores no habrán de encontrar aquí interpretaciones diferentes a las conocidas o resoluciones terminantes de las dudas, pero sí se hallará una magnífica recopilación general de lo sabido hasta la fecha, iluminado y reordenado por la capacidad probada del autor para llenar de densidad científico-social sus estudios históricos.

Una prosa muy clara, además, facilita el seguimiento hasta el final del libro, agradeciéndose la completa bibliografía y el muy cuidado aparato crítico que, como ya dijimos, son notas características del probado buen hacer de su autor.

Elena Hernández Sandoica

Manuel Ortiz Heras (coord.): *Culturas políticas del nacionalismo español. Del franquismo a la Transición*. Madrid: Los Libros de la Catarata 2009. 287 páginas.

La “generación de la memoria histórica” viene proporcionando un *corpus* extenso que acabará, sin duda, proporcionando un entorno explicativo de sus posiciones realmente riguroso y consistente. Sus puntos de partida son ya harto conocidos: reivindicación de una memoria participativa, interactiva y crítica frente a una supuesta historia e historiografía oficializada, pasiva y complaciente con el

status quo actual; cuestionamiento del proceso histórico de la Transición a la democracia en España, a sus resultados y, sobre todo, a su pretendida (por algunos) proyección como modelo; proposición revisionista del tratamiento historiográfico de la Guerra Civil y del franquismo, y, sobre todo, de su publicística y de las políticas de memoria —y reconocimiento de las víctimas— de esas etapas; ubicación teórica en los postulados conflictivistas frente a las tesis funcionalistas que se han desplegado para explicar la Transición; impugnación de ese proceso como planificación *desde arriba*; etcétera. Otro de los *ítems* de ese repertorio, más reciente, es la identificación del nacionalismo español como otro de los argumentos que han animado las políticas llevadas a cabo desde el poder, en sus diferentes versiones: el españolismo autoritario de la dictadura, el tortuoso y falso revisionismo de la derecha política o el progresivamente adquirido por la izquierda reformista, en su proceso de “traición” (sic) de sus postulados tradicionales durante la Transición.

El libro que tenemos entre manos recogería una decena de artículos que, en principio y según el título, tratarían de eso, de las “culturas políticas del nacionalismo español”. Analizado su contenido, se descubre que se habla de eso, de manera más o menos directa o colateral, según los casos, pero que en realidad se habla de todo lo anterior, de lo que hemos identificado sucintamente como puntos de partida de esa “generación de la memoria”: continuidades y, sobre todo, diversificaciones del nacionalismo español durante el franquismo (una espléndida conferencia de Núñez Seixas en el coloquio cuyas actas componen este libro); el papel del nacionalismo en el asociacionismo juvenil europeo (documentado trabajo de Sandra Souto, pero con poca información aquí sobre España); sendos textos sobre las posiciones de la

derecha y de la izquierda en el momento de la Transición y sobre sus cambiantes ideas sobre España (bien trabajados por Sebastián Balfour y Alejandro Quiroga, aunque demasiado prejuiciados en ambos casos); otros dos sobre la excepción vasca en ese proceso a cargo de Óscar Martín y Diego Muro (no menos prejuiciados); otro par sobre el poder terrenal de la Iglesia católica española en ese tiempo (por parte de López Villaverde, y Damián González y Manuel Ortiz Heras, en perfecta coherencia teórica e ideológica con los anteriores); y dos finales sobre la objeción de conciencia y sobre la hospitalización infantil (rigurosos ambos, a cargo de especialistas como Pedro Oliver y María Isabel Porras, respectivamente, pero esclarecedores como ninguno otro de que el título del libro [y del coloquio que le dio origen] están cogidos por los pelos). Cierra el texto una reflexión biográfica y analítica sobre el papel de las diputaciones a cargo del que fuera presidente de la de Albacete en algunos de aquellos años del inicio de la andadura democrática, Juan Francisco Fernández Jiménez.

El libro, entonces, queda marcado por la distancia existente entre el magnífico nivel de todos y cada uno de los capítulos, y la intención de presentarlo como una aportación integrada y homogénea al conocimiento de “las culturas del nacionalismo español” durante el franquismo y la Transición. De eso hay, pero, en general, hay poco o aparece visto a través de la imagen especular que le proporciona la atención prestada a otros objetos: cuando ese nacionalismo (en sus diferentes versiones) ha de responder a la impugnación de un movimiento de objeción a la conscripción militar, a los cambios de costumbres que cuestionan los pírricos éxitos de la moral nacionalcatólica, a la violencia nacionalista oponente en el caso vasco, etcétera. Posiblemente, los trabajos menos vinculados al

tiempo de la Transición y de mirada más amplia y alargada (los de Núñez Seixas o, indirectamente, el de Souto) son los que más ideas aportan al objeto que pretende el título del libro; también los dos de Balfour y Quiroga, que “pinchan”, sin embargo, en una visión muy esquemática asignada de previo a derechas e izquierdas y de la que, si se zafan, resulta ser por maquiavelismo coyunturalista o por entreguismo o “traición” (sic) a unos pretendidos postulados históricos sobre el asunto.

El resultado final es un libro interesante e importante en la aportación personal de cada uno de sus autores. Interesante también como muestra de la visión defendida por esa “generación de la memoria”: el libro es de una coherencia, en ese sentido, que lo convierte casi en versión canónica de sus diferentes tesis. Simplemente los títulos de los capítulos denotan la intención sin tener que adentrarse en sus páginas: traición (aplicado a la izquierda), opinión “progresista” (comillas aplicadas a la posición del diario *El País*), “perspectivas” en lugar de “fuentes” para referirse a los informes del Foreign Office (tan erróneos en sus apreciaciones como tantos otros menos aparentes que ya se han usado o se usarán: policiales, de protagonistas, sindicales oficiales o disidentes...), oportunismo para referirse a los cambios de visión por parte de la jerarquía eclesiástica... Queda tras la lectura esa constatación que ya se conoce como apriorismo en este tipo de producción tan marcada por el posicionamiento previo: todo lo que sale del poder es una respuesta inevitable y económicamente medida a las presiones de la calle, de *los de abajo*. Como apriorismo no es ni de los peores ni de los más errados; todo lo contrario: mucho de eso hay en el sentido de esas respuestas. Pero su mantenimiento ortodoxo como criterio nos hace perder de vista los cambios (y sus razones) que se producen en el ámbito

de autonomía del poder (que no es precisamente pequeño).

Antonio Rivera

Jann-Marc Rouillan: *De memoria (I). Los comienzos: otoño de 1970 en Toulouse.* Barcelona: Virus 2009. 191 páginas.

El volumen reúne las memorias del militante y escritor Jann-Marc Rouillan, referente de diversos grupos libertarios a lo largo del mundo y preso actualmente en una cárcel francesa. El texto recorre un período relativamente breve de su vida –entre septiembre de 1970 y febrero de 1971– pero de honda y definitiva intensidad. El escenario es la ciudad de Toulouse, en la que los exiliados republicanos españoles forjaron una perdurable cultura de izquierda, creadora de relaciones familiares y sociabilidades que potenciaban la militancia contestataria.

Junto a la vida de Rouillan se despliegan las de Henri y Enric, sus compañeros de aventuras y coinquilinos de la “casita” de la calle Aquitaine. En términos políticos, los jóvenes se inscribían entre quienes “no se postraban ante nadie”, y a despecho de la izquierda marxista –pro soviética o maoísta– renegaban de casi toda forma de organización, aun cuando aceptaron ser “compañeros de ruta” de algunos movimientos orgánicos. Las memorias cruzan lo público y lo privado –de difícil distinción en los sesenta– enlazándose las “acciones directas”, la colaboración en las protestas universitarias, la preparación de cócteles molotov, junto a la experimentación con las drogas, el contacto con el sexo opuesto y la particular forma de percibir la amistad, en un período en el que los lazos familiares se habían vuelto menos estrechos que los electivos. En ese marco sobrevuelan los deba-

tes políticos y estéticos de los años sesenta, la politización y radicalización, el peso de la lucha armada, los modelos sociales contrapuestos, las riñas personales. Tratándose casi de un adolescente, muchas de estas disputas tienen todavía, en el maduro militante encarcelado, sabor a autoafirmación, a mecanismo de construcción de la personalidad a partir de la distinción.

En las memorias de Rouillan se superponen tantas otras memorias que explican –y justifican– su rechazo a la sociedad que lo rodeaba. Las cuentas no saldadas con los colaboracionistas durante la ocupación alemana, el odio al franquismo –vivo en la memoria de amigos y vecinos–, las torturas en Argelia, la guerra colonial... Esa perspectiva le permitía una particular autoconciencia, la de ser parte de un momento único, una bisagra en la historia, el fin de una época. O tal vez no: en un irónico pasaje Rouillan reconoce haber sido uno de los que, después de mayo del 68, no escucharon “la campana” que anunciaba el final del recreo.

Cada una de las acciones en las que Rouillan toma parte –desde el enfrentamiento directo con la policía o con grupos de derecha, la colocación de explosivos y su preparación para la lucha guerrillera– se vuelca en un discurso hedonista. La evaluación que formula en retrospectiva siempre está adjetivada con términos como “diversión”, “tedio”, o a través de metáforas estetizantes para la violencia, comparando los cruces callejeros con verdaderas “obras de arte”. El análisis político se evade del relato, sólo es el decorado de una experiencia que apela a criterios exclusivamente individuales. La revolución en Rouillan es una experiencia que no necesita de los otros. De hecho, la sociedad francesa aparece definida como un “rebaño”, incapaz de despertar a pesar de los ruidos de petardo y el escándalo de estos jóvenes artistas.

La poca diversión que reportan, hacia principios del año 71, las cuasi travesuras de adolescente, llevan a Rouillan a pensar en un compromiso mayor. Conectado con exiliados libertarios españoles fundará el MIL (Movimiento Ibérico de Liberación), entrenándose en la lucha armada, ingresando a España y participando en distintos atentados en la década del sesenta. Nuevamente leída en términos de experiencia personal, para Rouillan esto significó el tránsito de la niñez a la adultez, el paso “del dicho al hecho”.

Tratándose de un relato memorialístico, es muy difícil formular una crítica que no implique un juicio sobre la misma figura del protagonista. Más en este caso, en el que Rouillan vive la memoria como una forma de militancia y la iza como bandera frente aquéllos que “claudicaron”. Tal vez el más evidente de los reparos deba esgrimirse frente a una memoria que se pretende verdadera, completa. “Yo no olvido” señala en distintas secciones del texto, denunciando a quienes se “plegaron al sistema” y olvidaron sus ideales de cambio radical. Ninguna memoria es, por definición, completa. Siempre fragmentaria, administra recuerdos y olvidos para que su titular —y quienes lo rodean— puedan seguir viviendo. No es por eso menos valorable el aporte de Rouillan, una inmensa y sincera ventana para asomarse al “mundo trastornado” de los años sesenta.

José Antonio Zanca

Luis Castells/Arturo Cajal/Fernando Molina (eds.): *El País Vasco y España: identidades, nacionalismo y estado (siglos XIX y XX)*. Bilbao: Universidad del País Vasco 2007. 247 páginas.

La compilación reúne un conjunto de textos que atraviesan un campo común de

indagaciones en torno a los problemas de la identidad vasca y española. Centrados en su mayoría en el siglo XIX, los trabajos se proponen combatir lo que denominan “mitificaciones” de la historiografía vinculada al nacionalismo, en especial aquellas que apelan al esencialismo y la supuesta homogeneidad de la sociedad vasca desde sus orígenes. Uno de los tópicos recurrentes en la obra es el cuestionamiento a la idea de una identidad vasca, en el siglo XIX, que fuera excluyente de otras formas de identidad, como la española. Por otro lado, los trabajos incluyen también discusiones en torno al vínculo entre nacionalismo, fueros y política, y cómo las identidades políticas del siglo XX proyectan sus esquemas interpretativos en la historia del novecientos.

El texto de Juan Gracia Cárcamo analiza la “triple identidad” —provincial, vasca y española— que se desprende del análisis de la historiografía vasca entre fines del siglo XVIII y fines del siglo XIX. A través de un conjunto de estereotipos, estos relatos sobre el pasado identificaron a Castilla con el mundo de las letras, una entidad “benefactora” para los vascos, caracterizada por su “llaneza social”. Pero también el castellano fue para los historiadores vascos el territorio donde reinaba el absolutismo, constantemente invadido —y por ende “corrompido”, afrancesado— frente al cual lo vasco podía presentarse como el resto puro español, aquel pétreo componente cantábrico que podría encabezar una idílica “regeneración española”. Esa España arcaica era feliz, igualitaria y armónica.

Arturo Cajal Valero por su parte propone avanzar sobre un recorrido biográfico —el de Manuel José de Zavala, conde de Villafuertes— para comprender las múltiples interpelaciones en las que se inscribía el fuerismo vasco del siglo XIX. Lejos del protonacionalismo que le asignó la

historiografía, el autor sostiene que el Conde era “conservador”, pragmático y que podía no disgustarle el carlismo, en tanto obedeciera a las autoridades establecidas.

Fernando Molina Aparicio reafirma la idea de “multiplicidad de pertenencias” que enunciaron los trabajos anteriores, señalando que esa combinación se volvía conflictiva sólo cuando las identidades se hacían incompatibles. El fuero llegó a convertirse en un “mito político”, articulador del nacionalismo en una institución de orígenes “elitistas” y “contrarrevolucionarios”. La lengua y la religión —componentes de las “comunidades naturales”— aportarán a la mitificación de la identidad vasca, en oposición al proceso abierto en el sexenio republicano, vehículo de librepensamiento y secularización. El nacionalismo español, por su parte, no pudo aceptar la “doble identidad” a la que se adscribían los vascos. La metáfora de Roma y Cartago sirvió para la victimización de los fueristas. Sin embargo, desde la perceptiva de Aparicio tal sometimiento nunca existió: el régimen del Concierto les permitió a las provincias vascas seguir negociando vínculos que garantizan la continuidad del régimen foral.

En una línea similar, Rafael Ruzafa Ortega reconoce que el “magnetismo” de los “derechos históricos” ha volcado a la historiografía nacionalista a la proyección de un pasado autonomista inexistente. El fuerismo liberal conservador del siglo XIX coincidía en el programa económico y político del moderantismo español, acuerdo que se rompe recién en el 68, con el fin del respeto a la especificidad vasca y el consecuente apoyo del fuerismo a la causa carlista. Sin embargo, Ortega no renuncia a desmitificar el supuesto elemento igualitario y democrático del fuero, así como el de encarnar la “esencia” del vasquismo. Por el contrario, en su lectura el fuero significó la forma en que se autorrepresentó

una élite remozada. De hecho, aporta fuentes en las que se revela la ausencia de conflictos serios entre las provincias y las políticas centralizadoras del Estado español en buena parte del siglo XIX. El fuerismo oculta, finalmente, una heterogeneidad política muy marcada, expresada en múltiples conflictos, reseñados por Ortega, entre las instituciones provinciales y las localidades.

A través del seguimiento de distintas figuras públicas vascas del siglo XIX —P. Egaña, los hermanos Jamar, P. de Alzola, G. Balparda, F. Gascue, F. Goitia— Luis Castells Arteche señala cómo el fuero era percibido de maneras muy distintas y, en ningún caso, como el tótem de la identidad que la historiografía nacionalista, en forma “descarada”, le otorgaría posteriormente.

Los últimos tres textos se han centrado en temas más específicos. Maitane Ostolaza Esnal polemiza con la postura de quienes ven la “débil nacionalización” española en el fracaso de la centralización y el ordenamiento escolar. Propone un análisis “desde abajo”, mostrando que no hay clara resistencia de los vascos a la centralización —por lo menos hasta principios del siglo XX—, y que el meollo del problema se encuentra en la rigidez de la escuela nacionalista española, que volcó a muchos alumnos a la educación privada, en manos de la Iglesia. Ander Cendagortagarza discute la noción de un clero “nacionalista”, gestor del éxito y difusor del PNV. Por el contrario, poniendo como centro la variable actitud de la Iglesia católica respecto a la política en el País Vasco, no dudó en apoyar a candidatos monárquicos o carlistas, según conviniera a la coyuntura. El clero, por su parte, se mostró bastante hostil al nacionalismo de Sabino Arana, registrándose no pocas tensiones en los primeros años de su existencia. Finalmente, el trabajo de José Pérez Pérez propone, a partir del análisis de

un caso –la construcción del barrio San Ignacio, en Bilbao–, comprender las representaciones de una sociedad ideal franquista en la posGuerra Civil, imaginada a través de un discurso que unía justicia social y orden jerárquico. Sin duda este último texto –de excelente factura, por cierto– encuentra más dificultad para ubicarse en el marco de esta compilación.

La tarea de los especialistas involucrados en esta obra es sin duda encomiable por la forma en que los debates historiográficos obligan a replantear esquemas establecidos. Algunos pasajes más políticos que académicos podían haberse obviado, en especial aquellos argumentos contruidos en base a una supuesta tarea “desmitificadora”. En buena medida porque es evidente que también quienes critican las miradas “interesadas” sobre el pasado están “contaminados” –situación ineludible de la condición humana– por los debates políticos de su presente.

José Antonio Zanca

Arnau Gonzàlez i Vilalta: *Cataluña bajo vigilancia. El consulado italiano y el fascio de Barcelona (1930-1943)*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia 2009. 377 páginas.

El objetivo del trabajo puede dividirse en dos: desde la perspectiva heurística, busca hacer público un conjunto de documentos que han sido o bien poco explorados o bien subestimados. Desde la perspectiva historiográfica propone observar, a través de la mirada de la diplomacia italiana y los referentes del fascismo en Cataluña, distintas estrategias de quienes serían aliados del franquismo, en el período previo e inmediatamente posterior a la Guerra Civil española.

El texto se retrotrae a las primeras organizaciones de la importante colonia italiana que residía en Cataluña en el siglo XIX. Tal presencia se consolidó en 1911 con la fundación de la Casa degli Italiani. La irrupción del fascismo en 1922 modificaría la estructura estatal y diplomática, produciéndose entre la representación consular en Barcelona y los partidarios del fascismo severas tensiones por el control de las instituciones comunitarias, así como por el rol que se suponía debía desempeñar el cónsul. Fascistizadas las organizaciones de la colonia en 1928, su sometimiento al Fascio Italiano de Barcelona aportaría un grado más de presencia del PNF entre los italianos residentes.

A partir de los años veinte, el eje del relato de González gira en torno a las relaciones que el fascismo estableció con el nacionalismo catalán. Sabido es que Mussolini apoyó movimientos políticos afines al suyo como el *ustasha* de Ante Pavelic, aunque la relación con el catalanismo fue, evidentemente, más compleja. El interés italiano por Cataluña estaba vinculado a las aspiraciones que los transalpinos no ocultaban por controlar el mar Mediterráneo. La llegada de la Segunda República en 1931, y la instalación de un “gobierno masónico”, según el cónsul Romanelli, incrementaban el interés por una posible República Catalana (ensayada, por cierto, en esos meses). El interés era geopolítico, aunque también ideológico: distintos miembros del cuerpo diplomático juzgaban que Cataluña era una avanzada moderna en España, y por ende, la única capaz de entender el verdadero sentido del *fascio*. Del otro lado, es decir, de parte de las agrupaciones del nacionalismo catalán, ese interés no parecía correspondido. Como señala González, la Izquierda catalana estaba volcada a la izquierda y al antifascismo, y la Lliga y el catalanismo conservador veían las solu-

ciones a la convulsionada política española del período republicano en el centrismo, la tranquilidad y las normas establecidas. La única excepción clara de acercamiento entre italianos y nacionalistas catalanes se registró en los contactos que González documenta entre los *Escamots* de Josep Dencàs —acusados de aprendices de fascistas por su estilo militarizado— y funcionarios del consulado. Más allá de una entrevista en la que Dencàs habría expresado su comunidad de ideales con el fascismo, los intercambios parecen no haber prosperado. De hecho, la organización fue disuelta en 1934. Más allá de las relaciones con grupos políticos, el vínculo entre la italiana fascista y la Cataluña republicana fue bueno, y quedó reflejado en la participación de funcionarios en festividades de la colonia y en empresas culturales conjuntas.

La propaganda del fascismo en Cataluña no traspasó los límites de la colonia italiana. Los cursos del Istituto Italiano di Cultura de Barcelona y la exhibición de filmes en la Casa degli Italiani se enfocaban “hacia adentro”. Se trataba, sostiene González, más de cohesionar y mantener fiel a la comunidad italiana local que de fascistizar la península ibérica. En 1935, en una coyuntura internacional hostil hacia Italia por la guerra de Abisinia, fue organizada la Sociedad de Amigos de Italia, en la que se incluyeron algunas figuras del mundo periodístico y político para crear una corriente favorable a los fascistas. Frente a los pocos éxitos por influir en la opinión pública catalana, la competencia con la renovada presencia alemana, de la mano del nazismo, produciría no pocos resquemores entre la diplomacia italiana.

El estallido de la Guerra Civil obligó a la evacuación del consulado, que pasó a funcionar en uno de los buques apostados en el Mediterráneo. Será esa vía la que elegirán para su salida de España distintos

miembros de comunidades extranjeras, así como destacadas personalidades eclesásticas que veían peligrar su vida frente al avance de sectores anticlericales. El caso del escape del obispo Vidal i Barraquer es uno de los más destacados en el texto de González. En los sucesivos apartados se ocupa también de las tratativas que distintos referentes catalanes habrían iniciado para encontrar una salida separada de la guerra. En este punto, González confirma que entre los italianos había interés en concretarlo, aunque se descartaba la intención de apoyar cualquier forma de independencia catalana, lo que hubiera quebrado los acuerdos con Franco, y encontraba pocos beneficios para la política exterior italiana. Una república catalana sólo habría creado una nueva área de influencia francesa —dado las simpatías de quienes parecían capaces de ejercer el poder político en tal experimento— y de orientación claramente izquierdista.

En la Cataluña de posguerra la presencia italiana fue mucho menor que la esperada en retribución al esfuerzo guerrero compartido. La propaganda siguió limitada a la colonia y hasta la caída del fascismo, sólo se destaca la célebre visita de Ciano a Barcelona en 1939.

Este texto amplifica nuestro conocimiento de distintas áreas: la proyección del fascismo fuera de las fronteras de Italia, el devenir de los nacionalismos en España, y nuestro saber general sobre las vicisitudes de la guerra civil. Sin duda el material reunido por González —y el mismo autor ha sido el primero en reconocerlo— ha avasallado a su propia voz en texto. La ausencia de una línea argumental de peso ha cedido su lugar a lecturas parciales sobre hechos puntuales, como el vínculo entre el fascismo y el nacionalismo, o los motivos del interés italiano en una posible independencia catalana. El volumen de fuentes incorporadas a esta obra

debe ser una invitación a futuras lecturas sobre este conjunto de actores, que las ubiquen en un cuadro interpretativo más amplio.

José Antonio Zanca